



DE LA TIERRA AL CIELO... O VICEVERSA

VIAJEROS ETERNOS

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Debía tener siete u ocho años; nueve a lo sumo. Desde el comedor donde ella y mi padre terminaban de cenar, mi madre oyó débiles gimoteos procedentes de mi habitación... señal de que estaba llorando o de que no me encontraba bien. Acabábamos de ver un documental sobre Escocia, con su paisaje lleno de lagos, colinas suaves y un verde esplendoroso, tan distinto de la España mediterránea, y acabé hechizado por completo: sentí que, de algún modo, ese lugar me llamaba, que tenía que ir hasta allí, pisar esas tierras extrañas y fascinantes.



Debía tener siete u ocho años; nueve a lo sumo. Desde el comedor donde ella y mi padre terminaban de cenar, mi madre oyó débiles gimoteos procedentes de mi habitación... señal de que estaba llorando o de que no me encontraba bien. Acabábamos de ver un documental sobre Escocia, con su paisaje lleno de lagos, colinas suaves y un verde esplendoroso, tan distinto de la España mediterránea, y acabé hechizado por completo: sentí que, de algún modo, ese lugar *me llamaba*, que tenía que ir hasta allí, pisar esas tierras extrañas y fascinantes. Mi madre vino enseguida a mi habitación y preguntó qué me sucedía; yo, secándome las lágrimas con la manga del pijama, contesté que quería, que *necesitaba* viajar. Pero viajar no como cuando hacíamos esas salidas ton-tas en verano a Xàtiva, para la *Fira*, ni tampoco cuando

nos acercábamos a Sueca a contemplar el arroz: yo quería viajar... hasta el confín del mundo. Entonces, en mi ignorancia, esa Escocia vista por la televisión representaba dicho confín, casi como si fuese otro mundo, aunque estuviese habitado extravagantes seres humanos que vestían con ridículas falditas y tocaban la gaita...

Sin embargo, mis padres tenían un maltrecho Renault 5 del '78, con el que era difícil llegar incluso a Valencia en condiciones... Por eso mi madre me tranquilizó y me aseguró que en breve comprarían un vehículo nuevo (como así fue, si bien por motivos totalmente diferentes a mis ansias exploratorias...) y que, entonces, ya podríamos ir lejos, muy lejos, incluso hasta León, Barcelona, Sevilla y quién sabía qué sitios más. Pero yo seguía

testarudo: “quiero ir más allá, mamá, mucho más allá”, le suplicaba. Ella, supongo que algo atónita y agotada por mi pataleo, me respondió que bueno, que ya veríamos, que tal vez al terminar el curso escolar podrían ellos, mis padres, coger vacaciones, o que tal vez si conseguían ahorrar algo, entonces puede que si todo iba bien... en fin, el rodeo materno típico y lógico para tratar de acallar al hijo caprichoso...

En cualquier caso, y pese a mis lágrimas infantiles, no debería haberme preocupado tanto: mis ansias de exploración han sido gratificadas, al menos bajo cierto punto de vista, desde siempre, aunque yo no lo supiera: porque jamás hemos dejado de viajar, ni desde el inicio de los tiempos, ninguno de nosotros. El movimiento es seña de identidad de este Universo, una constante traslación de todo objeto a través del espacio, sea un cúmulo de galaxias o la más insignificante partícula de polvo... Nada se mantiene en reposo, nada permanece inmóvil; no hay punto fijo ni inalterable. Todo el Cosmos es espacio en perpetuo fluir.

Sí, siempre hemos viajado. Muy rápido, y aunque no lo percibamos, muy lejos. Yo entonces no lo sabía (tampoco mis padres; de haber sido buenos astrónomos aficionados podrían haberlo empleado como lenitivo y yo habría enmudecido de inmediato...), pero es cierto: todos juntos, aquí en la Tierra, nos movemos a unos estupendos treinta kilómetros por segundo (o 108.000 km/h, que queda mejor); y, si nos consideramos, como así es, deudores gravitatorios del Sol, que arrastra a todo el sistema planetario consigo, entonces surcamos el espacio de la Vía Láctea a la espectacular velocidad de doscientos veinte kilómetros por segundo (casi un millón de kilómetros por hora...). Viajamos tan rápido que, en el plazo de unos doscientos millones de años (nada, un abrir y cerrar de ojos...) damos una vuelta entera al patio galáctico. Además, con ánimo juguetón, el sistema planetario entero atraviesa los brazos espirales de la Vía Láctea; a veces salimos *por encima* del plano de la galaxia, como para escudriñar; otras nos escabullimos *por debajo*, como para *escondernos* de algo desconocido... Todos nosotros seguimos un viaje eterno, colgados de la nave solar y la terrestre, merced a la gracia de la gravedad. Es increíble...

A mucha mayor escala espacio-temporal, por ejem-

plo la fusión de dos galaxias en una, resulta un espectáculo bastante frecuente; quizá sea por enemistad natural, o porque no les sienta bien el contacto, el caso es que, como toros enfurecidos que hicieran chocar sus astas (aunque, en este caso, ¡acelerados a 200 kilómetros por segundo!) se precipitan una contra la otra, y a veces terminan echas puré, deshechas, descompuestas, abriéndose y dispersándose en un acto de mutua aniquilación. Y, entonces, surge otra galaxia, un ave fénix que brota del residuo de sus dos predecesoras... Como decía, creo, un tal Picasso, “todo acto de creación es un acto de destrucción”. Pues sí...

Las mismas galaxias, por tanto, brincan y se impulsan espacio a través a escala local, yéndose en busca unas de otras (como nuestra Vía Láctea y Andrómeda, que circulan a 40 km/s una hacia la otra y también acabarán fundidas en un tierno y disolvente besito cuando toda la Humanidad ya lleve algunos eones criando malvas...). Pero los cúmulos de galaxias, esas enormes conglomeraciones apiñadas de decenas, cientos o miles de ellas, resulta que también van buscando compañía. Asustados quizá por la soledad más que previsible y esa inmensa negrura, el aterrador “silencio eterno de los espacios infinitos” de Pascal (o de algún otro franchute por el estilo...), se juntan y se apelotonan, para sentir algo de calor cósmico. Se mueven (por ejemplo, nuestro grupo Local hacia el Cúmulo de Virgo) a unos 600 km/s... velocidad que es, *sólo*, quinientas veces menor que la de la luz. Sin darnos cuenta, pues, nos movemos raudos por todo el dibujo espacial del Universo; y lo mejor es que no sabemos adónde vamos. Somos vagabundos arrastrados por la gravedad, quien decidirá con qué rapidez y qué dirección tomamos.

Mi viejo sueño de infancia aún no se ha cumplido; todavía no he ido a Escocia. Sin embargo, no es tan trágico. A fin de cuentas, con echar un vistazo hacia arriba, de noche, viajamos sin cesar, espacial y temporalmente. Con eso, de momento, ya me conformo.

Porque, reconozcámoslo, es imposible viajar más lejos ni más rápido en menor tiempo... Y, encima, ¡sin pagar billete!

(Crédito: Luc Perrot, <http://www.lucperrot.fr/?auteur>)